

GRITO DE GUERRA
LEON URIS



Grito de guerra es la gran y famosa novela sobre los marines norteamericanos y su actuación durante la Segunda Guerra Mundial. Se incorporaron a filas miles de muchachos. A los veteranos les dijeron que los convirtieran en marines. En apariencia, eran críos que hubieran debida permanecer en sus casas, haciendo cosas propias de su edad. Pero los veteranos se engañaron al pensar que no lograrían convertirlos en soldados. ¿Qué hacía diferentes a aquellos jóvenes? Muchos historiadores lo califican de *esprit de corps* y dejan ahí la cuestión. Otros pensaron que eran unos fanáticos ansiosos de gloria. Entre aquellos muchachos había cobardes y héroes: el payaso de la compañía, el granjero, el vagabundo, el auténtico fanático, el chico con una misión que cumplir. *Grito de guerra* es, sin duda, la mejor novela acerca de los marines en combate, así como un extraordinario bestseller de su autor.

Este libro está dedicado a los marines de la Infantería de Marina de los Estados Unidos y, en particular, a uno de ellos el brigada Betty Beck Uris.

AGRADECIMIENTOS

No veo cómo la persona que intente escribir su primera novela puede conseguirlo sin la simpatía, la ayuda y la fe de sus amigos. Nadie, que jamás lo haya intentado, ha tenido mejores amigos que yo.

PRIMERA PARTE

PRÓLOGO

Me llaman Mac. El apellido no importa. Como mejor podéis identificarme es por las seis sardinetas, tres hacia arriba y tres hacia abajo, y por esa fila de cicatrices. Treinta años en el Cuerpo de Infantería de Marina de los Estados Unidos.

He doblado el Cabo de Buena Esperanza y el de Hornos a bordo de un barco de transporte, con una mar tan picada que la proa permanecía la mitad del tiempo barrida por olas de diez metros. He montado guardia en las Embajadas de París y Praga. Conozco todos los malditos puertos de escala y casas de citas del Mediterráneo y el mundo que resplandece bajo la Cruz del Sur como la marca de un rifle.

He estado detrás de una ametralladora que apuntaba a través de la alambrada levantada en torno al Asentamiento Internacional cuando se suponía que el mundo se hallaba en paz, y me he visto las caras con los japoneses en la Patrulla del Yangtsé una década antes de Pearl Harbor.

He admirado la belleza de la aurora boreal que proyecta su fantasmal fulgor sobre Islandia y conozco los ríos y las junglas de América Central. Pocas siluetas hay que me resulten extrañas: el Pan de Azúcar, la Cabeza de Diamante, las colinas Tinokori o las palmeras de un paraje caribeño.

Sí, conozco las lustrosas colinas pardas de Corea tal como los marines las conocieron en 1871. La lucha en Corea es una vieja historia para el Cuerpo.

Nada suena peor que un viejo lobo de mar dándose importancia. De todos modos, ése no es mi caso.

Al volver la vista atrás, sobre esos treinta años, pienso en hombres y en equipos. Calculo que habré participado en cincuenta operaciones y quizás existan cien hombres a los que yo haya llamado Patrón. Pero, aunque parezca extraño, sólo uno de ellos fue de veras mi patrón y sólo a uno de aquellos equipos lo considero como mío. Sam Huxley y el batallón que mandó durante la Segunda Guerra Mundial, «Los Putas de Huxley». ¿Qué hacía diferentes a los «Putas de Huxley»? Diablos, pues no lo sé. Era el más detestable puñado de marines que jamás me haya echado a la cara. No eran marines en realidad..., ni siquiera hombres, si vamos a eso. Una pandilla de imberbes jovenzuelos de dieciocho, diecinueve y veinte años que se emborracharían con un par de botellas de cerveza...

Antes de esa guerra había hombres entre nosotros que nunca sospecharon que existiese la vida fuera del Cuerpo; duros y curtidos, grandes bebedores y luchadores, entregados por entero a su profesión.

Luego, vino la guerra, y con ella llegaron los muchachos..., miles de ellos. Nos dijeron que los convirtiésemos en marines. Eran críos que deberían haber estado en su casa haciendo cualquier jodida cosa que hagan los chicos de dieciocho años. Bien sabe Dios que nunca creímos que podríamos lograrlo con ellos... Bien sabe Dios que nos engañaron.

¿Qué les hacía diferentes? Bueno, había en mi pelotón uno de esos críos que era todo un escritor. Ojalá estuviera aquí para ayudarme en mi explicación. Tenía una forma de razonar las cosas que las hacía parecer sencillas de verdad. Sabía hablarle a uno acerca del espíritu de lucha, y de los movimientos de los pueblos, y de los errores de los generales, y de un Congreso Americano que a veces era tan destructivo para el Cuerpo como cualquier enemigo en el campo de batalla. Él entendía esas cosas mucho mejor que yo.

Muchos historiadores lo tildan de *esprit de corps* y dejan ahí la cuestión. Otros piensan que somos unos fanáticos

ansiosos de gloria; pero, cuando profundiza uno en ello, resulta que mis chicos no eran diferentes de cualquier otra persona. Poseíamos la misma fuerza y las mismas debilidades humanas que cualquier tripulación de un buque o cualquier batallón de un ejército.

Teníamos nuestros cobardes y nuestros héroes. Y había entre nosotros tipos enamorados y tan llenos de nostalgia de la patria que casi morían de ella.

Estaban el payaso de la compañía, el granjero, el vagabundo, el fanático, el muchacho con una misión que cumplir, el tejano. Los «Putas de Huxley» tenían sus jugadores, su cabo de puños duros, sus oficiales estúpidos, sus amantes, sus borrachos, sus bravucones, sus liantes.

Y estaban las mujeres. Las que esperaban y las que no esperaban.

Pero ¿cuántos hombres había como Sam Huxley y Danny Forrester y Max Shapiro? ¿Y qué les hace dilapidar sus vidas a estos chicos que tienen los amores, odios y miedos normales, y qué llevan dentro de ellos que les obliga a considerar la retirada como algo peor que la muerte? ¿Qué fue lo que convirtió la derrota en victoria en los sombríos comienzos de Guadalcanal y en la ensangrentada laguna de Tarawa y en la Playa Roja Uno de Saipán? Atravesaron un infierno de tensión física y mental, pero nunca dejaron de dispensarse mutuamente esa maravillosa cordialidad de camaradería.

Yo no reprendo a ningún hombre que lleve un arma en la guerra, cualquiera que sea su uniforme. Pero los marines nos llevamos la peor parte en aquella guerra. ¿Cuántas veces, en la Segunda Guerra Mundial, se pidió a tropas americanas, aparte de los marines, lanzarse al ataque en aplastante inferioridad de condiciones, con el frío mar a la espalda y el violento fuego ante ellos y sólo un par de riñones para llevarlos adelante? Yo recuerdo sólo otra vez, en Bastogne.

Ésta es la historia de un batallón de muchachos invencibles. Y de mis chicos, la sección de transmisiones.

El Cuerpo sufrió humillantes derrotas después de Pearl Harbor, y cayeron muchas y excelentes unidades defendiendo avanzadillas cuyos nombres eran entonces desconocidos para el pueblo americano..., Wake Island figuraba entre ellas. Tuvimos que empezar con un par de orgullosos y resueltos, pero mal equipados, regimientos que subsistían en las dispersas y maltrechas tropas. La llegada de los nuevos muchachos duplicó y triplicó los efectivos, y comenzamos el duro camino de regreso.

El Sexto Regimiento del Cuerpo de Infantería de Marina de los Estados Unidos, conmigo incluido, se hallaba establecido en Islandia, en compañía de la aurora boreal, cuando estalló la guerra, de manera legal, quiero decir. El Regimiento era una de aquellas orgullosas unidades que habían estado tocándose las narices durante décadas.

Obtuvimos una gran reputación en la Primera Guerra Mundial, en un lugar llamado bosque Belleau, donde hicimos que el huno parase en seco. Por ello, los franceses nos condecoraron con una elegante trenza, la Fourragère, que todos los miembros del Sexto de Marines llevan en torno al hombro izquierdo.

Se dice que en Château-Thierry, cuando se estaban desmoronando las líneas aliadas, uno de nuestros oficiales gritó: «¡Y un cuerno retirarnos! ¡Acabamos de llegar!». Quizás hayáis leído esa expresión en los libros de Historia, juntamente con algunos de nuestros otros gritos de guerra.

El resto del Cuerpo está celoso del Sexto, porque da la casualidad de que somos el mejor regimiento. En sus ratos libres, discurrieron un nombre ofensivo para nosotros: nos llaman el Sexto Atrapapijtos. Se dice, sin el menor fundamento desde luego, que en 1931, en uno de los buques que nos llevaban a Shanghai, teníamos diez mil chocolati-

nas pero sólo dos pastillas de jabón en el almacén de nuestro barco.

No fue triste nuestra despedida de Reykjavik cuando entramos en la Segunda Guerra Mundial, porque el tiempo y las mujeres estaban a bajo cero y el whisky era un auténtico matarratas. Habíamos permanecido en nuestro campamento de Baldurshagi viviendo en medio de un aburrimiento monótono que nos volvía locos.

Cuando el Sexto regresó de la frígida monotonía de Islandia, el Regimiento fue dispersado por completo. Se dieron permisos y nuevos destinos a todo el personal; de tal modo, que los hombres se dispersaron por todo el Cuerpo para formar el núcleo de cien nuevas unidades que se estaban constituyendo. Millares de muchachos llegaban a los campos de instrucción, y en todas partes se necesitaban, con urgencia, veteranos.

Yo me tiré un mes de permiso y luego saqué billete para la Costa Oeste con mi viejo camarada, el sargento Burnside. Nos alegraba poder continuar en el Sexto de Marines para ayudar a reorganizarlo. Fui nombrado jefe de comunicaciones del batallón, con Burnside al frente del grupo de radio. Cuando llegamos a Camp Eliot, a unos kilómetros de San Diego, el lugar era poco más que una larga calle flanqueada de inmensos barracones. Estaba casi desierto, pero no lo estaría por mucho tiempo.

A Burny y a mí nos alegró saber que el capitán Huxley había sido ascendido a comandante y estaba al frente de nuestro batallón. Huxley era un tipo estupendo. Graduado en Annapolis y antiguo extremo del All-American, en Ohio, era duro y resistente como pocos. Medía 1.90 y pesaba noventa kilos. Mantenía una especie de arrogante distancia respecto a los chusqueros; sin embargo, no podíamos por menos de respetarle. Condujera como condujese a sus hombres, uno siempre se lo encontraba al frente de la columna.

Burnside y yo echamos a correr con ansia hacia el camión cuando se detuvo delante de nuestro barracón. Al fin íbamos a ponerle la vista encima a nuestro pelotón. Aparte de nosotros, sólo había otro radiotelegrafista que había llegado hacía una semana, un tipo llamado Joe Gómez.

El conductor me entregó una lista. Descargaron sus sacos. Los escruté con interés. Se me había puesto la cara tan larga que debía de haber aumentado veinte centímetros, y la de Burnside más todavía.

—Poneos en fila y responded cuando diga vuestro nombre.

Era el peor alineado y más deprimente remedo de pelotón de marines que yo había tenido jamás la desgracia de ver reunido, al mismo tiempo, en un espacio tan pequeño.

—¡He dicho que os pongáis en fila y contestéis, maldita sea!

—¡Brown, Cyril!

—Presente.

¡Santo Dios! Un tipo descalzo, recién salido de la granja.

—¡Forrester, Daniel!

—Presente.

No muy mal aspecto, pero terriblemente joven. Un piñolo, sin duda.

—¡Gray, Mortimer!

—Yo^[1].

Otro maldito tejano, Dios santo.

—¡Hodgkiss, Marion!

—Presente.

El nombre encaja, Buster. Espera a que Gunner Keats se haga cargo de esta piojosa cuadrilla.

—¡Hookans, Andrew!

—Presente.

Un corpulento y envarado sueco con dos pies izquierdos. ¡Qué diablos me habían mandado!

Tuve que mirar dos veces el siguiente nombre de la lista. Burnside lo estaba mirando también, estupefacto.

—¿Lighttower, Shining^[2]? —pregunté, por fin.

—Ugh, soy indio.

El graznido sonó detrás del corpulento sueco. Se adelantó. Allí, ante mis ojos, estaba la película *El final del camino*. Un piel roja flaco y encorvado de nariz aguileña. Me sonrió.

—¿Zvonski?

—Zvonski, Constantine. Mis amigos me llaman...

—No me lo digas, deja que lo adivine —exclamé burlescamente.

Este tipo no podía pesar más de 56 kilos con un mortero a la espalda. ¿Cómo esperan que cargue un TBY?

Se me doblaban casi las rodillas al mirarlos. Burnside estaba pálido. A Huxley le daría una hemorragia cuando intentasen entrar en acción. El artillero Keats vomitaría.

El llamado Hodgkiss se separó de la fila y cogió dos maletas que estaban junto a su saco.

—¿Qué tienes ahí?

—Un gramófono y varios discos.

Me acerqué a él y abrí un álbum. Un poco de música alegre anima los barracones. Pero aquello era horrible. Pasé las páginas: Chopin, Chaikovski, Brahms..., todo un lote de esos tipos...

—Llévalos a los alojamientos, Mac. Yo me largo —gimió Burnside.

—¿Qué quiere, jefe, huevos en la cerveza?, rió el indio.

Decir que los chicos que llegaban a Eliot eran distintos de los profesionales bebedores y camorristas de tiempo de paz resultaba poco informativo. Eran críos, críos imberbes de dieciocho y veinte años. ¡Buena le esperaba al Cuerpo! Soldados de transmisiones... de risa. Un indio anémico, un melómano, un maderero con diez dedos pulgares, un te-

jano incapaz de abandonar sus costumbres, un granjero, un alfeñique y el muchacho del All-American. Todo esto y Joe Gómez, un renegado alborotador.

Después de nuestro primer problema de campaña, el artillero Keats pensó seriamente en renunciar o en pedir el traslado. Huxley, que rara vez manifestaba ninguna emoción, fue presa de náuseas.

Yo les busqué los trabajos más sucios y repugnantes que me fue posible. Me esforcé al máximo por mostrarme desagradable. Traspalar basura en el vertedero, limpiar letrinas, cavar zanjas, fregar los alojamientos de oficiales, limpiar todo el campamento.

¡Cristo! En el viejo Cuerpo los radiotelegrafistas eran algo. Montaban guardia en los buques..., eran respetados. Éstos..., estas cosas que el comandante Bolger nos enviaba tenían dificultades hasta con los aparatos de campaña más lentos. Sentí deseos de volver a Islandia.

Es difícil decir con exactitud dónde debe empezar una historia de marines como ésta y dónde debe terminar. Los chicos estaban allí, y su presencia no nos hacía felices en absoluto. Yo no sabía de dónde venían, cómo habían llegado a aquel lugar...

I

El tejado de la fría y gris estación Pennsylvania de Baltimore, semejante por su estructura a un granero, pendía sobre los apresurados viajeros y los pequeños y cuchicheantes grupos congregados en torno a la puerta tres. En racimos de dos, tres, cuatro y más, permanecían alrededor de jóvenes de semblante grave mientras iba pasando el tiempo. Aquí una esposa y un hijo, allá media docena de amigos voceaban palabras de ánimo. En un rincón, unos padres de edad avanzada y un grupo de parientes hablaban en susurros con un muchacho de gesto fosco.

Había muchas chicas, algunas llorando y otras conteniendo las lágrimas mientras permanecían junto a sus maridos, sus amantes o sus novios. El sonido casi zumbante de sus despedidas reverberaba en las paredes de la vieja estación.

Danny Forrester se subió la cremallera de su chaqueta verde y plata con una F mayúscula y desplazó nerviosamente su peso de un pie a otro. Agrupados en torno suyo, estaban su padre, su hermano menor, Bud, su mejor amigo, Virgil y la novia de Virgil, Sally.

—¡Eh, señora, mi hermano es un marine! —gritó el pequeño Bud Forrester a una mujer que pasaba.

—Cállate, Bud —ordenó Mr. Forrester.

Kalhleen Walker se hallaba al lado de Danny. Estaban cogidos de las manos, y él notó el frío sudor de las palmas de Kathleen cuando un sargento, con uniforme azul, se abrió paso por entre la muchedumbre, se dirigió a la puerta y empezó a comprobar una lista.

Siento lo de madre. Siento que no haya querido venir.

—No te preocupes, hijo.

—Oye, Danny —dijo Virgil—, ojalá me fuera contigo.

—No, tú no —exclamó Sally.

—He hablado con el entrenador Grimes. Estaba un poco enfadado porque no te has despedido de él.

—Mira, Virg, quizás él haya tratado despectivamente al equipo y a los demás estudiantes. Yo..., yo no quería eso. Le escribiré para explicárselo.

—Claro.

—¿Tienes los emparedados y el pastel que te preparé?
—preguntó Sally.

—Encima de todo. Gracias, Sally.

Henry Forrester rebuscó en su cartera y sacó un billete de diez dólares.

—Toma, hijo.

—Ya tengo veinte, papá. Es más que suficiente.

—Bueno, será mejor que te lo lleves, de todas maneras. Nunca se sabe, podría presentarse una emergencia.

—Gracias, papá.

—¿Tienes idea de lo que se está cocinando? —preguntó Virgil.

—Sé tanto como tú. Hoy he oído un millón de historias. Dicen que la Base está bien. Permaneceremos aislados durante un par de semanas en San Diego, en el campo de instrucción.

—Parece divertido.

—¿Nos escribirás cuando puedas?

—Sí, papá.

—Oye, Danny, me gustaría tener una espada japonesa. Tráeme un japonés, ¿eh, Danny?

—Creo que no veré ningún japonés durante algún tiempo, Bud. Quiero que seas buen chico y hagas lo que papá te diga..., y que me escribas.

Un agudo grito resonó en la estación. Un brazo consolador se posó en torno a los hombros de una madre. Siguió